

no son sino los pensadores más visibles de dos generaciones de teólogos ocupados en liquidar filosóficamente las bases de la religión cristiana. Factor común a todos es la empresa de «inmanentizar» lo divino.

Este libro de Molnar, aunque compuesto de ensayos varios sobre distintos autores, posee una perfecta unidad y continuidad bajo la perspectiva que sugiere su título. *El Dios inmanente*: una colosal empresa intelectual que, desde orígenes equívocamente místicos, llega, a través del inmanentismo y de la subjetividad universal, hasta conclusiones nihilistas. Ejemplo claro de cómo, a despecho de la tesis antimetafísica de Kant, se opera una clara continuidad en la especulación filosófica, no tanto por designio de los pensadores como por la fuerza misma de las ideas, que son, en definitiva, los motores de la historia.

Pocos ensayos más útiles que este para captar, en un lenguaje a la vez profundo y transparente, la clave de este tiempo, el genio de nuestra edad: «Nietzsche y Heidegger anuncian el vértigo del fin de la historia: el hombre, sometido antes a Dios, se ve ahora en soledad porque ha matado a Dios, ese falso original del que es él copia auténtica. El discurso de y sobre Dios se extingue: Heidegger recomienda la espera de los dioses en el silencio. Pero este —o esos— dioses son nuestros propios proyectos. Desde Hegel hasta Heidegger el espíritu se realiza por la humanidad, es ella quien lo des-vela a sí misma. "El hombre es el pastor del ser" escribiría finalmente Heidegger».

RAFAEL GAMBRA

Roberto de Mattei: IDEALITA E DOTTRINE DELLE AMICIZIE (*) (LA APOLOGÉTICA CATÓLICA Y LA FORMACIÓN DEL PENSAMIENTO CONTRARREVOLUCIONARIO)

Es difícil que, en la sociedad occidental actual, los católicos comprendamos y mucho más que nos identifiquemos con un grupo de hombres, hermanos nuestros en la misma fe católica, que hace doscientos años combatían por una sociedad totalmente diferente de la actual, pues esta es la misma que ellos rechazaban por su antagonismo contra Dios y su Iglesia.

Hoy, la sociedad pluralista está lejos de escandalizar a casi nadie, se ha convertido en objetivo para muchos y tan sólo unos

(*) Arti Grafiche Pedanesi, Roma, 1981, 179 págs.

pocos se esfuerzan aún y contra toda corriente en rechazar un modelo de sociedad en la que, si bien es cierto que el católico puede vivir, porque lo cierto es que el católico puede vivir en cualquier sociedad desde el momento en que esta vida no es sino camino para ganar el cielo, no es, en cambio, una sociedad que como hombres y con mayor motivo como católicos, podamos y debamos querer.

Durante el *siglo de las luces* y la Revolución, la Iglesia y con ella la inmensa mayoría de los católicos, fieles a las enseñanzas de su Madre, rechazaron una pretensión de organizar la sociedad contraria por completo a la naturaleza y a sus creencias religiosas. Y en esa lucha frente a «la filosofía» y al *terror* que aquélla engendró, la defensa del Altar y del Trono resumía creencias y fines de quienes querían permanecer fieles a la religión y a su patria. No por confusión de ambos poderes, sino porque veían en el Trono la sumisión al Altar en aquello que el César debía a Dios, al tiempo que su defensor. Y si la realidad ya no era así en las postrimerías del siglo XVIII, el pueblo fiel quería permanecer como lo habían hecho sus padres.

Y así, en esa lucha, desde la protesta aislada de quien gritaba ¡Viva el Rey! (1), o la pobre mujer que se quejaba de que suprimían a Dios (2) que les conducía a la guillotina hasta a la revuelta armada de la Vendée o a nuestra Guerra de la Independencia, se opuso resistencia a la Revolución. En esa resistencia desempeñaron un papel importante las asociaciones secretas de católicos que se formaron sobre todo a partir de la fecha aciaga en que las fuerzas de la Revolución lograron que fuera disuelta la Compañía de Jesús.

De una de estas asociaciones, de la *Amicizia Cristiana*, se ocupa en un reciente estudio nuestro amigo Roberto de Mattei, quien con anterioridad se había referido a este tema en la *Introducción* al *Direttorio* del Venerable padre Pío Brunone Lanteri (3), fundador de los *Oblatos de María Virgen*, y uno de los más destacados miembros de la *Amistad Católica*, que al decir del padre Antonio Breciani, «fue en el Piamonte el sostenedor

(1) Parece increíble pero es cierto. Fueron numerosos los casos de quienes fueron ejecutados tras ser «legalmente» juzgados y condenados por el Tribunal revolucionario, por el simple hecho de gritar ¡Viva el Rey! Cfr. G. Lenotre: *La vie a Paris pendant la Révolution (1789-1793)*, Calmann-Lévy, París, 1936, págs. 259-261; Jacques Castelnau: *Le Tribunal révolutionnaire*, Tallandier, París, 1981, págs. 168, 194, 234.

(2) Cfr. Jacques Castelnau: *op. cit.*, pág. 194.

(3) Pío Brunone Lanteri: *Direttorio e altri scritti*, Cantagalli, Siena, 1975.

de la sana teología y de la sana moral. Y el martillo más fuerte contra el jansenismo» (4).

La *Amicizia Cristiana* fue una asociación fundada en Turín el año 1779 por el padre Diessbach, ex-jesuita, cuya finalidad era combatir a la Revolución con sus mismas armas, es decir, con la imprenta, difundiendo los buenos libros, y utilizando el secreto en cuanto a los medios empleados y no respecto a sus fines.

El propósito de Roberto de Mattei es el de profundizar en la dimensión ideológica de la *Amistad*, reconstruyendo su fisonomía doctrinal e ideal (pág. 5), propósito ampliamente logrado y para el cual se sirve sobre todo del *Memorial a Leopoldo II*, del padre Diessbach, puesto que en tal obra se encuentra reunida prácticamente toda la temática de la *Amistad*, y de la biblioteca de la asociación, a partir de la cual pueden reconstruirse las líneas doctrinales de quienes tenían como objetivo principalísimo la difusión de la sana doctrina a través de los libros.

El libro consta de seis capítulos titulados: La Compañía de Jesús entre la Contrarreforma y la Contrarrevolución; el padre Nicolás Alberto von Diessbach y las *Amistades Cristianas*; el *Memorial a Leopoldo*; la *Biblioteca* de las *Amistades*: la apologetica; la *Biblioteca* de las *Amistades*: la doctrina espiritual, y, finalmente, ideales y doctrinas de las *Amistades*.

A mi juicio, de los más sugestivos es el capítulo primero, que constituye el marco explicativo del nacimiento de la *Amistad* y de los fines perseguidos.

El autor se interroga acerca de la relación entre la Contrarrevolución católica del siglo XIX y la Contrarreforma, cuya expresión más coherente y rigurosa es la Compañía de Jesús. ¿Existe entre ambas una unidad de doctrinas e ideales?

Mattei no duda en afirmar tanto la autonomía doctrinal de la Contrarrevolución católica como la formulación positiva de unas ideas y unas doctrinas por parte de la Contrarreforma.

Para Mattei, el pensamiento de la Contrarreforma es el pensamiento jesuítico en el variado campo en el que el mismo se manifiesta: teología molinista, moral probabilista, eclesiología romana y espiritualidad ignaciana (pág. 12). Pensamiento que extiende durante dos siglos, hasta la disolución de la Compañía en 1773, a través de la red de los colegios y de las universidades que los jesuitas habían establecido por toda Europa.

Afirmación que, como el mismo autor advierte, no queda

(4) Citado por Mattei, *op. cit.*, pág. 12.

desmentida por el hecho de que no en todos los jesuitas se den conjuntamente todas las características de ese pensamiento, el cual, sin embargo, sí existe en cuanto pensamiento perteneciente a una escuela que puede denominarse jesuítica (cfr. pág. 15).

Los jesuitas se encuentran presentes en todas las luchas doctrinales defendiendo la ortodoxia de la doctrina católica, frente a los diversos errores que a lo largo de dos siglos coexisten y se suceden. Por ello, indica Mattei, cabe hablar de un polo doctrinal jesuítico, que se presenta como unitario y constante en el debate doctrinal de dicho período (pág. 15). En cambio, frente a él, no hay una unidad en el pensamiento que se le opone. La «izquierda» no tiene unidad en el pensamiento reformador que le opone; «mientras el polo representado por los jesuitas se presenta estable y constante, en cambio, el que se le enfrenta aparece fluido y en continuo movimiento»; no tienen más punto en común que «la común lucha contra el enemigo jesuita» (pág. 17).

Por ello, el autor se pregunta «si la polarización del debate doctrinal en los siglos XVII y XVIII no habrá que referirla al jesuitismo y al antijesuitismo, a la cultura de la Contrarreforma transmitida por la Compañía de Jesús y a su negación en múltiples y renovadas formas» (pág. 18).

Como señala Mattei, el pensamiento contrarrevolucionario del siglo XIX se expresa sobre todo en «la antimodernidad que caracteriza a todos sus autores, y que tiene sus raíces en el juicio negativo sobre la Revolución francesa, fundado en su carácter de radical desorden» (pág. 19), por lo que la defensa del Altar y del Trono se hacía en cuanto defensa de un orden social conforme con la doctrina de la Iglesia (cfr. pág. 20).

Entre ambos pensamientos, el de la Contrarreforma y el de la Contrarrevolución, ¿cuál es el nexo de unión.

Para Mattei no es el nexo político el más adecuado para mostrar esa unión, aunque cabe formular al menos como hipótesis el que las doctrinas de Suárez y Belarmino acerca del origen del poder enlazan con la Contrarrevolución; tampoco la polémica antiiluminista basta para señalar ese nexo de unión, pues no fue solamente jesuítica, aunque es en el interior de la cultura jesuítica donde nace la tesis de la conspiración anticristiana, base fundamental del pensamiento contrarrevolucionario (cfr. páginas 22-29).

Es sobre todo durante los años de la difusión del jansenismo cuando se desarrolla la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, tan combatido por aquél. Y durante el siglo XVIII se desarrollan las asociaciones católicas cuya finalidad era combatir las falsas

ideas del *siglo de las luces*, entre las que la *Amistad* tenía como fin combatir la Revolución en el plano de la propaganda intelectual.

Y «es en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, propagada por dicha sociedad en donde es posible ver no sólo el *centre de ralliement* de la disuelta Compañía de Jesús, sino también el *signo de ralliement* de la Contrarrevolución que ve la luz durante esos años» (pág. 36).

Así, según muestra Mattei, la Contrarrevolución surge de las sociedades y asociaciones católicas que nacen con la supresión de la Compañía de Jesús, de tal modo que «en el *humus* de la cultura jesuítica de la Contrarreforma hunde sus raíces teológicas, políticas y espirituales el pensamiento de la Contrarrevolución católica del siglo XIX» (pág. 39).

En el segundo capítulo muestra cómo Diessbach se propuso «contraponer a la incredulidad un apostolado intelectual de una élite católica, empeñada en combatir el espíritu revolucionario con sus mismas armas» (pág. 48). Se trata, por consiguiente, de dar la batalla al espíritu anticatólico del siglo con las armas intelectuales. Para ello formó un grupo de colaboradores y discípulos, que cuatro años más tarde, entre 1779 y 1780, fundaría en Turín la *Amicizia Cristiana* que más tarde se difundiría en Italia, Austria y Francia, desplegando una importantísima actividad editorial, y cuya influencia llegaría incluso al auxilio de los sacerdotes que no juraron la Constitución civil del clero y a la preparación de la rebelión bretona y vendéana (cfr. pág. 63).

Su finalidad era intelectual, pues era plenamente consciente de que «la verdadera contrarrevolución es la de los espíritus y la de las ideas», ya que una contrarrevolución limitada al plano político «no es, por sí misma, un remedio al mal esencial, puesto que ella sola no cura, y no devuelve a la mayor parte de las personas seducidas» (pág. 64). Como señala Mattei, la contrarrevolución de la *Amistad* fue la de la lucha de las ideas, la difusión y defensa de la verdad (pág. 65).

En el capítulo tercero señala los aspectos principales del *Memorial a Leopoldo II*, en el que se le advierte de los peligros y males derivados del calvinismo y el jansenismo, concepción diametralmente opuesta a la católica; de la tolerancia y el iluminismo; de los libros impíos y sectarios que con la libertad de imprenta y del comercio tipográfico han contribuido a la persecución contra la Iglesia. Como remedios a tales males, Diessbach le indica la reforma radical de la libertad de prensa y del comercio tipográfico, el devolver a la Iglesia la verdadera liber-

tad y el restablecimiento de los jesuitas, orden fundamental en la defensa de la ortodoxia católica y que, por tal motivo, había sido encarnizadamente atacada hasta conseguir su disolución (páginas 69-98).

Particularmente interesante es también el capítulo cuarto, donde a través de las obras existentes en la *biblioteca* de la *Amistad* es posible reconstruir cuáles eran las ideas que defendía y propagaba la *Amistad*, y, sobre todo, porque por medio de las obras apologéticas, es posible ver cómo se enlazan sin ruptura o corte alguno las ideas de la Contrarrevolución con las de la Contrarreforma. Enlace que se ve claramente a través de las obras apologéticas, tal como Mattei lo pone de manifiesto al señalar algunos de los títulos de las obras de la *Biblioteca*.

Como señala el autor, «la polémica antijansenista se confunde con la polémica antilosófica, en un filón literario en el que abunda la biblioteca y de donde surge la teoría de la conspiración anticristiana»: Bonola (1789), Mozzi (1791), Muzzarelli (1970), Bolgeni (1974), Gusta (1975), Barruel (1797-1798), Proyard (1819) (págs. 113-115).

Autores que enlazan con los universalmente conocidos de Maistre, De Bonald, Donoso Cortés, Balmes, Vogelsang, máximos representantes del pensamiento de la Contrarrevolución en el siglo XIX, así como con los que les precedieron, singularmente los españoles Diego de Cádiz, Hervás y Panduro, Vélez y Alvarado, representantes de dicha apologética.

A su vez, los autores citados que publicaron sus obras en la última década del *siglo de las luces*, han sido precedidos por otros con los que se da una continuidad doctrinal, sin que los males descritos en plena Revolución francesa y cuyas causas se indican sean fruto de la imaginación de sus autores o hayan sido urdidos por éstos para explicar tamaño desastre, sino que enlazan plenamente con quienes les precedieron.

Y no son solamente los Nonnotte (que publica sus obras en 1770 y 1722), Bergier (que lo hace en 1765, 1767, 1769 y 1798), Feller (entre 1771 y 1781) o Valsecchi (que lo hace en 1769 y 1779). A éstos les han precedido los Huet, con quien según Mattei propiamente se inicia la apologética en sentido estricto, frente a quienes niegan los fundamentos racionales de la fe, no limitándose ya los ataques a la religión o a alguno de sus puntos doctrinales o a alguno de sus dogmas. La obra de Huet se publica en 1679; la de Diroys en 1683, la de Mourges en 1708, la de Houtteville en 1722, la de Polignac en 1747, hasta las diversas obras que se publican refutando la ideas de los ateos,

los deístas y los sectarios, singularmente las de Voltaire (páginas 102-108). La relación de las obras señaladas por Mattei pone de relieve esa unidad doctrinal a lo largo de más de un siglo, con la que se refutan, por contrarias a la religión católica, las ideas que darían lugar a la Revolución francesa.

El capítulo quinto se dedica al análisis de la doctrina espiritual de las *Amistades* a través de su *biblioteca*. Es también en este punto fundamental la espiritualidad de la Compañía de Jesús en orden a fundamentar la espiritualidad de la *Amistad*, destacando la espiritualidad ignaciana en torno a cuyos *Ejercicios Espirituales* gira buena parte de las obras de la biblioteca. San Ignacio, San Francisco de Sales, San Alfonso de Ligorio son pilares de su espiritualidad. Pero, sobre todo, la devoción al Corazón de Jesús, contando la *biblioteca* prácticamente con todas las obras dedicadas a propagar dicha devoción, en donde, de nuevo, los jesuitas desempeñaron un importantísimo papel.

Concluye la obra con un capítulo en el que se destaca la importancia de la *Amistad Cristiana*, cuyo «itinerario de la Contrarreforma a la contrarrevolución es visible, sobre todo, en los frutos de la obra de Diessbach en la historia de la asociación» (pág. 161), que ejerció una notable influencia en la restauración católica en Austria y sobre todo en el Piamonte, en donde perteneció a ella Joseph de Maistre, que es para Mattei «la última expresión y la más madura del horizonte apologético de la asociación (pág. 178), de tal suerte que, al decir del autor, «como en Austria, también en el Piamonte fue decisivo el impulso de Diessbach al pensamiento contrarrevolucionario del siglo XIX» (pág. 173).

De cuanto llevamos dicho y de la resumida exposición de la obra se desprende su interés. Al margen de que la «conspiración anticristiana» fuera conscientemente planeada por jansenistas, filósofos y masones, tesis de algunos de los autores citados, cuyo máximo y más conocido representante es Barruel, aunque no fuera el primero en formularla, acerca de la que, por otra parte Mattei no se pronuncia en esta obra, lo cierto es que durante más de un siglo la Iglesia católica, la religión y el orden natural, fruto de la inteligencia divina que Dios estableció en las cosas, fueron sistemática y continuamente combatidas por jansenistas, filósofos y masones y tuvieron como resultado trágicamente visible la Revolución francesa y el desorden social que a partir de entonces se ha establecido.

De tal modo que, aun en el supuesto de que no fuera exacta la versión de una conspiración conscientemente planeada y ejecu-

tada, no por ello puede rechazarse dicha apologética, pues combatió un espíritu revolucionario que no fue fruto de su imaginación, sino una realidad tangible. Como el mismo Roberto de Mattei ha señalado en otro lugar (5) «la tesis de la conspiración anticristiana, es decir, de la preparación "oculta" de la Revolución por parte de algunos hombres, no implica necesariamente una unidad organizativa en el espacio y en el tiempo de la fuerza revolucionaria, sino sobre todo, una coincidencia de fines, que puede suponer, asimismo, una pluralidad de "complots" parciales».

El enemigo era el jansenismo, la «filosofía», el iluminismo y la masonería, por ser contrarios y activamente contrarios a Dios. Y, por ello, fueron combatidos. La coincidencia de fines es innegable. Recuérdesse, por ejemplo, la enemistad de todos ellos hacia la Compañía de Jesús. Y a combatir tales ideas se dedicó la apologética católica, continuando la labor desarrollada por la contrarreforma y forjando el pensamiento contrarrevolucionario. La obra de Mattei que hemos comentado, contribuye a poner de manifiesto dicha realidad.

Pero, además, la *Amistad Cristiana* comprendió perfectamente a la Revolución y cómo combatirla en el plano intelectual mediante la difusión y propagación de la verdad y la formación de una élite: «la verdadera contrarrevolución es la de los espíritus y la de las ideas», palabras que expresan claramente dónde se encuentra el verdadero combate.

El mismo Mattei había ya señalado con anterioridad este aspecto al señalar que «intuyendo perfectamente la fase cultural de la Revolución que amenaza a la Iglesia y a la sociedad, Lanteri se propone, junto a la oración y al sacrificio, la defensa a ultranza de la verdad en la batalla de las ideas. Reconquista y difusión de la buena doctrina y formación de élites que la difundan: esta es, por consiguiente, la línea de la lucha de la cruzada del siglo veinte» (6).

Por ello, para nosotros, para *Verbo* y *Speiro*, para los amigos de la Ciudad Católica, si todo combate por Cristo es nuestro combate, especialmente debemos identificarnos con el desarrollado por la *Amicizia Cristiana*, que en tantos aspectos puede considerarse como precursor de nuestra propia tarea.

ESTANISLAO CANTERO

(5) Roberto de Mattei: «Agustín Cochin y la historiografía contrarrevolucionaria», en *Verbo*, núm. 145-146, mayo-julio de 1976, pág. 636.

(6) Roberto de Mattei: Introducción al *Direttorio* de Lanteri, *op. cit.*, página 23.